

unirse a su cuerpo en el momento de la concepción, porque el ejercicio de la caridad engendra caridad y la Santísima Virgen antes de nacer había hecho actos de ardentísimo amor divino estimulados por la ciencia infusa de Dios que había recibido juntamente con su naturaleza?

Y si pudo, desde que nació, desatar su lengua en fervorosísimas acciones de gracia y alabanzas a Dios y ejercitarse en actos externos de todas las virtudes, aun de las que requieren más fortaleza de espíritu, pues nació con amor más fuerte que la pujanza de ejército preparado para entrar en campaña, ¿por qué se presenta como niña que en nada se singulariza de las demás sino es en su hermosura, en el encanto de sus facciones, en el purísimo fuego de su mirada y en la celestial delicadeza que se transparentaba en su rostro? ¿Por qué oculta su espíritu y no empieza a dar toda la gloria externa que puede dar al Señor, cuando para darle mucha más gloria que todas las criaturas juntas, insensibles y animadas, humanas y angélicas fué predestinada?

Este es uno de los misterios que más encanto dan a la Santísima Virgen niña, recién nacida, como es misterio que arrebatada de admiración contemplar al Verbo recién humanado ocultando sus infinitas cualidades y apareciendo que crecía en sabiduría y virtud como en edad delante de los hombres y de Dios.

Como Cristo hubo de hacer un continuo milagro para ocultar los fulgores de su divinidad, así la Divina Infantita realiza acto sumamente heroico para, desde el momento que abre sus ojos al mundo, no hacer manifestaciones de su amor, que es más encendido que el de los serafines, porque está más cerca que ellos del infinito foco de la caridad.

Quien quiera darse cuenta de lo que es amar y amar con un sólo amor que lleva tras de sí todos los afectos del alma; de la imponderable fuerza con que mueve la voluntad, porque el amor es esencialmente activo y se opone a la inacción e indiferencia, como al agua se opone el fuego; de su expansibilidad irreductible mucho más que fluído etéreo, porque se escapa o manifiesta hasta por la simple mirada, podrá formarse idea del continuado acto heroico que hubo de hacer nuestra Reinita para no traicionar los deseos divinos de que ocultara hasta tiempo oportuno el amor del cielo que Ella personificaba mejor y con más propiedad que Satanás personifica toda la malicia del infierno y todo amor desordenado.

Pero si el amor es de fuerza irresistible que arrastra al corazón, cuando ve herido a su ídolo, por el menosprecio siquiera, es imposible calcular las locuras de sus manifestaciones; se hace ciego en proporción a como es ofendido; sale fuera de sí y adquiere tanta fortaleza que vence, como la muerte, todas las dificultades y al fin se impone. ¿Quién será capaz de contener el amor en semejantes circunstancias?

Claro que en la Santísima Virgen no hubo pasiones en el sentido de que experimentase ningún afecto desordenado, pero no por